

PARA PENSAR

LOS DUCADOS CAÍDOS DEL CIELO

Érase una vez una niña cuyos padres habían muerto, y tan pobre era que ya no tenía una casita donde vivir ni una camita en la que dormir. Acabó quedándose sin nada, salvo la ropa que le cubría el cuerpo y un mendrugo de pan en la mano que le había dado un alma caritativa.

Pero era buena y compasiva. Y, abandonada por el mundo entero, salió al campo encomendándose a Dios. Ahí se tropezó con un mendigo que le dijo: –¡Ay...! Dame algo para comer, que estoy hambriento. –¡Que Dios lo bendiga! –dijo la niña, y le dio el mendrugo de pan entero y siguió andando.

Entonces apareció un niño, que dijo en tono lastimero: –Tengo la cabeza helada. Dame algo con lo que pueda cubrirla.

Y la niña se quitó el gorro y se lo dio.

Y después de andar un rato apareció una niña, muerta de frío porque no llevaba corpiño. Ella le dio el suyo. Y cuando reanudó la marcha, otra le pidió la faldita, y ella se la dio también.

Al fin llegó a un bosque, había oscurecido ya, y otro niño se acercó a pedirle la camisita, y la niña compasiva pensó: “La noche es oscura, nadie me verá. Puedo darle tranquilamente la camisa”, y se sacó la camisa y también se desprendió de ella.

Y cuando se quedó completamente desnuda, de repente empezaron a caer estrellas del cielo; y he aquí que eran ducados de oro puro. Y aunque se había desprendido de su camisa, le cayó otra hecha de finísimo lino. Así que, juntó los ducados y fue rica por siempre jamás.



Extraído del libro *El botiquín de los cuentos*, de S. Zu Guttenberg, S. Fischery B. Philipp (Urano).